

“Chama”: El cuidacarros

Poesía

*Así como la piel
se va acostumbrando a extrañas unturas
y no se asfixia,
el alma se va acostumbrando
a muertes pequeñas
y sigue viva
Y así como el amor
se va demoliendo
en territorios
que nuevas soledades erigen,
se sigue creyendo
En existencias necesarias
de otros seres
capaces de inventar
permanentes ternuras.*

Gilma de los Ríos

Claudia V. Morales Ruiz

Periodista

🌍 *Para resguardar la identidad del protagonista y de sus familiares, utilizaré seudónimos en esta crónica.*

A mediados del año 2010, una tarde me encontraba en el “Río Cochino”, por la zona de “Punto Rojo”, estábamos sentados cuatro personas, dos mujeres y dos varones. Mi camarada tenía aproximadamente veintiún años. Consumimos drogas; marihuana y licor especialmente. Luego, nos pusimos todos de pie, caminamos unos metros hacia arriba y después me fui a hacer el amor con mi novia y más tarde nos dormimos. Al día siguiente, que bajamos mi pareja y yo, observamos a mi amigo con su novia, solamente recorrimos unos ciento cincuenta metros hacia el “Puente de las Gradass” en Pueblo Nuevo, cuando de pronto, un chico que venía en dirección opuesta a nosotros y que paso a la par, gritó fuertemente: ¡Acaban de matar a un muchacho allá arriba! Como no había llegado “la ley” (la policía); yo me regresé y me acerqué al cuerpo para saber: ¿quién era?, fue entonces, cuando descubrí que: era “La Mafia”. Le cortaron la cabeza, las manos y le sacaron las tripas, describe “Andrés Pedro”.

El asesinado era “Moisés”, conocido como “La Mafia”, el amigo de “Andrés”, con el que había repartido compañía, platica y narcóticos la noche anterior en el “Río Cochino”. “Cuando lo vi, yo sentí un dolor muy feo, un punzonazo en el corazón, porque él era amigo mío. Tres noches seguidas soñé con “La Mafia” y sentí que me salía por todos lados”, asegura “Pedro” asustado.

“Andrés Pedro”, tiene ahora 16 años y hace tres años y medio que vive en las calles. Se fue de su casa ubicada en “Pilas” porque su tío le pegaba mucho. “En la casa siempre hubo balaceras. Yo me metía en el cuarto apenas escuchaba el primer balazo”, narra “Andrés”. Se instaló en la ciudad de “los mangos” porque no tiene familia: la mamá, traficaba con drogas (crack, cocaína, marihuana, “piedra”, “perico”) y murió hace un año y medio; de cirrosis. El papá no lo conoció nunca. Su abuela y tío se hicieron cargo de “Pedro” un lapso de tiempo, pero luego, comenzó a ir de un lado para otro. Él es el menor de sus tres hermanas: “Abigail”, “Eva” y “Lidia”.

“Hace mucho tiempo robé por primera vez un teléfono celular que estaba colocado dentro de un carro. Por la droga atraqué, ya que vendí el móvil y compré más marihuana”, cuenta “Andrés”.

Apodado como “Chama”, este joven se despierta al salir el sol, en la banca del Parque de Palmares de la “ciudad de los mangos” y se prepara para jugar con la patineta y la bicicleta que le prestan sus amigos diariamente.

No sabe leer ni escribir, ya que no fue a la escuela, pero sabe que para cuidar los carros debe tener los ojos bien abiertos. A este chico le encanta iniciar su jornada laboral a las seis de la tarde, cuando se va el “Guachimán” (guarda de seguridad), como le dice él y, terminarla a las nueve de la noche, en los alrededores de Plaza Iglesias, cercana a la Escuela Guatemala, puesto que, “cierran el negocio” como expresa “Andrés”.

La ilusión de este chico se aviva cuando el reloj va a dar las seis, pero se apaga cuando el reloj marca las nueve. Los minutos que transcurren entre el cuidado de uno y otro vehículo, depende del dueño del automóvil, en ocasiones la duración es de quince minutos, media hora, cuarenta y cinco minutos y a veces hasta una o más horas.

Aquel muchacho que para muchos es uno más, tiene el cabello corto, color castaño, ojos pequeños, color miel, sonrisa franca, lleva una camisa beige, un pantalón caqui deshilachado y unas tenis blancas sucias, que por causa de los correteos se habían desgastado y, reflejaban su espontaneidad, simpleza e ingenuidad.

Los automovilistas por lo general, le observan con angustia, su risa ruidosa, por el efecto, de la marihuana y el alcohol, su mirada distante de la realidad que le rodea y su energía incontrolable cuando se desplaza de un sitio a otro, razón por la cual, le dan trescientos, cuatrocientos y hasta mil colones por su oficio (medio, uno o dos dólares).

A cada instante, “Pedro” se acerca rápidamente a la ventana de los autos, que pasan cerca de él, para ofrecerles a los conductores, sus servicios. No obstante, él comenta, que los policías que por ahí pasan, le molestan, por lo menos cuatro veces en su tiempo de trajín. Me gritan: ¡Vete de aquí! y yo les contesto: ¡Estoy cuidando los carros!

La desesperanza es evidente en el rostro de “Chama” cuando en la ventana de algún vehículo, el conductor que, en ocasiones no tiene la conciencia de los “jóvenes mendigos de afecto”, le dice: ¡No quiero que cuides mi carro! ¡Muchas gracias! No imagina, por todo lo que debe pasar “Andrés” para seguir existiendo acompañado de la soledad, el frío y a veces hasta de alucinaciones. En aquel momento, el chico se retira, agradece y sin un colón en la bolsa, trata con otro cliente, mientras el automóvil Toyota 4 x 4 se aleja con dirección al centro de la provincia.

“Depende de las partes en las que cuida carros es donde me pagan mejor”, indica “Pedro”. Hay veces en el que no gana nada y otras en el que hasta le regalan más dinero por su quehacer. Por ejemplo, en las cercanías de “Pollos Papi”, ubicado en la ciudad de “los mangos”.

Como la escena de una película de terror, comienza a hacer mucho frío, y si bien, el jovencuelo cuida carros tiembla, no es razón suficiente para darse por vencido y permanece en su labor; aguarda pacientemente que aparezca otro vehículo para continuar laborando, un arduo oficio, con ilusión. Repetidamente, su inocencia, sencillez, y sonrisa, llena de esperanza. Otra vez, el rechazo, la indiferencia y el desaliento.

Hoy, “Chama” solo recibió 9,000 colones (18 dólares), evidentemente es insuficiente, para ustedes lectores de esta crónica, a pesar de eso, nueve mil colones los utiliza para comprar un litro de leche, pan y jugo de naranja.

Han transcurrido tres días y Andrés no se encuentra en sus sitios habituales, ya que, me dijo lo siguiente: “Los domingos no trabajo, me divierto jugando bola todo el día”. En contraste, sus camaradas, como él los llama, luchan por obtener mayores ganancias con sus servicios, sacando partido que no llega a su quehacer cotidiano el incansable “Chama” o tal vez le colaboren cuando retorne, sin embargo, en este planeta, donde el dinero no alcanza, donde se hace un triple esfuerzo para laborar, más en la realidad de este oficio, donde cada uno de los costarricenses, se queda sin empleo; hay que poner en duda que la “harina” (dinero), como dice “Chama”, que adquieren chiquillos en las mismas condiciones, se la

concedan. Numerosos niños les hace falta cuidar carros, vender flores o chicles para subsistir en este universo de privaciones de afecto, educación y de justicia, en la que se respeten todos y cada uno de los derechos humanos elementales de los “jóvenes en riesgo social”.

Luego de un día de ausencia, desaseado, más sudoroso, y fatigado que de costumbre, vuelve a su lugar de trabajo repitiendo una y otra vez su cruel realidad, con todo, él ya se encuentra habituado, según “Andrés”, pero no terminan de acostumbrarse sus ojos cansados y ojerosos, su cuerpo enflaquecido por las drogas y la mala alimentación. La faena lo consume poquito a poquito, puesto que, no duerme casi nada por el consumo diario de la marihuana y el licor, a veces no se alimenta porque: “Cuando hay harina, como pan, cuando no hay harina, no como nada”, afirma “Pedro”.

Cuando le pregunté qué le pediría a la presidenta de la República, Laura Chinchilla, para todos los “jóvenes en riesgo social” que trabajan diariamente en las calles del país, acalló su sonrisa estrepitosa, inclinó su cabeza e hizo un breve silencio. Es sorprendente que un chiquillo como él posea una de las dos virtudes más hermosas en todo ser humano; el amor al prójimo y la solidaridad, para circunstancias tan peligrosas como las que surca regularmente: “que ayude a todos los jóvenes a salir de las drogas como sea posible, y los ponga a trabajar y a estudiar”, me exterioriza y simultáneamente mueve su cabeza de un lado a otro, con una mirada pensativa.